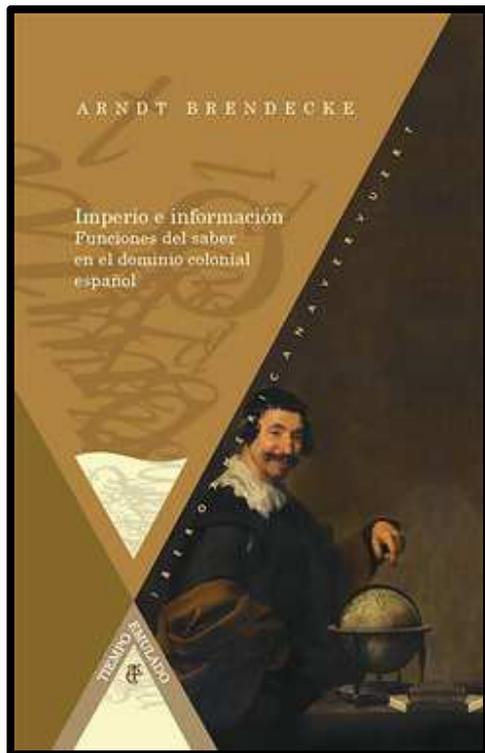


Ardnt Bredecke. *Imperio e información: funciones del saber en el dominio colonial español*. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert, 2012. 596 pp. ISBN: 9788484896821.

Reviewed by José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá de Henares



Desentrañar la estructura administrativa de todo un imperio a partir de los modos en que la comunicación y la información circulaban por sus venas es tarea que exige serios esfuerzos y presenta no pocos riesgos. El autor de este volumen, Arndt Bredecke, no escatima los primeros ni rehúye los segundos, y el fruto de su constancia ha sido una monografía enciclopédica, que a lo original de su orientación suma una documentación exhaustiva y una organización clara y sistemática. El resultado final, sumados tales ingredientes, da un libro impactante, de referencia absoluta en la materia.

Estudios sobre la estructura político-administrativa de la España imperial ha habido muchos. Pero la marca diferenciadora de éste es que no se fija tanto en la organización del sistema político (con sus mil intrigas y maquinaciones, que pueden llenar de vistosas peripecias cualquier libro pero

también apartarlo de líneas de investigación más sutiles), ni en la estructura económica (que ha suscitado también monografías muy importantes), sino que mira sobre todo hacia el ejercicio de la comunicación oral, escrita y visual, de la autoridad intelectual y del saber técnico basado en la información relativa a los dominios gobernados. Una cuestión, la de la información que debía poner de acuerdo las decisiones de la cabeza pensante en el palacio capitalino y las acciones de los miembros ejecutores en cada rincón del Imperio, que en la estrictamente jerarquizada sociedad española del XVI cobró enorme importancia estratégica.

La volatilidad de las entidades políticas y de los dibujos territoriales de la Edad Media se debió en buena medida a la incapacidad para gobernar con criterios de racionalidad y de previsibilidad unos espacios geográficos y simbólicos por los que campaban a sus anchas héroes carismáticos, clérigos visionarios y Santiagos milagrosos. Los gobernantes del XVI eran conscientes de que con magias y

misticismos de aquel tipo (aunque no renunciaron a ellos en planos medidamente simbólicos y ceremoniales) no se sostenía ningún imperio, y propiciaron el desarrollo de otro tipo de estrategias de expansión y sobre todo de cohesión y de consolidación del territorio. Estrategias que debían ser más técnicas que científicas, puesto que la técnica era un sistema de operaciones auxiliar y práctico, sumisamente plegable al simbolismo mágico-religioso dominante, mientras que la ciencia era un concepto que, si se le dejaba la rienda suelta, estaba claro que acabaría compitiendo (y desbancando, como no mucho después sucedería) a la teología del trono que ocupaba.

“Entera noticia” fue el ideal al que aspiraron algunos de los intelectuales y funcionarios que fueron comisionados para levantar la estructura informativa del Imperio en aquellos años. “Saber” es la etiqueta que prefiere utilizar, prudentemente, Brendecke en su monografía. De ambos términos, y de muchos otros que integran su campo léxico y conceptual, discuten estas páginas que se adentran en sus texturas epistémicas y filosóficas tanto como en sus concreciones discursivas y en sus proyecciones político-administrativas.

El libro de Arndt Brendecke es, en consecuencia, una investigación de las técnicas, incluso de las tecnologías (en el sentido más material y empírico) de la información que vertebraron el Imperio español del siglo XVI. Una exploración de cómo desde un centro que estaba ocupado por un rey-emperador que desde sus estancias palaciegas no veía casi nada pero debía tener noticia de casi todo se tejió una densísima red de cartas, informes, libros, encuestas, padrones, consultas, formularios de preguntas y respuestas, mapas, cartas de navegación, globos terráqueos, que pretendían dar cuenta de lo que sucedía hasta en el último confín del territorio, para mantenerlo inexorablemente vinculado al cuerpo troncal del Imperio.

Brendecke ha movilizado una enorme cantidad de documentos de archivo para intentar descubrir por qué sinuosidades y en qué sentidos circulaba aquella sangre informativa por las entrañas dilatadísimas de tales dominios. Ha centrado su investigación en cómo eran comunicadas, por un lado, las noticias en el seno de la administración central, dentro del mismo alcázar de Madrid o del monasterio de El Escorial, y por otro en las instituciones virreinales de América y en el itinerario que iba desde Sevilla hasta las colonias de ultramar. Impresiona, por su exhaustividad, su análisis hasta de cómo eran los despachos y las demás dependencias y el mobiliario que los miembros y funcionarios del Consejo de Indias tenían en el viejo alcázar de Madrid, y de cómo se desarrollaba la rutina diaria de su trabajo. Asombra el detalle con que da cuenta de cómo se fue construyendo la cartografía de la época, de qué discusiones, controversias y diferencia de concepto (entre cosmógrafos *científicos* y pilotos de oficio, por ejemplo) hubo en torno a la confección y uso de los mapas y cartas de navegación, de cómo eran (con sus corruptelas) los exámenes para los pilotos y otros técnicos, de qué manera se encomendaba, se recogía y se procesaba la información que traían los navegantes al regreso de sus viajes, de qué tipo de órdenes, disposiciones, papeles de encuesta y formularios llevaban y traían a las Indias.

El libro se centra de manera muy decidida en el eje entre España (y Portugal) y América que constituía la columna vertebral del Imperio. Apenas se detiene en la vertiente mediterránea, ni mucho menos en la africana ni en la asiática. Tampoco se interesa por el modo (escasamente eficaz, pues pendía en buena medida de pre-juicios míticos, místicos, mánticos, oraculares) en que circulaba la información en el seno de las sociedades amerindias que quedaron subyugadas por los españoles. Ausencias relativamente excusables, puesto que en los otros puntos cardinales del Imperio había realidades sociopolíticas muy diferentes, que requerían sistemas de información distintos, y análisis que hubieran obligado a lo que ya es un volumen muy grueso a desdoblarse en varios: el espionaje, por ejemplo, era crucial en la obtención de información estratégica en las orillas oriental y meridional del Mediterráneo. Y la articulación de los saberes y de la información dentro de las sociedades amerindias, que se reveló notoriamente ineficaz, por su sustento mítico, frente a las más empíricas tecnologías de la comunicación y a la capacidad hermenéutica del conquistador español, ha sido, por otro lado, muy extensamente analizada por los historiadores de las culturas nativas.

Ha preferido, por otro lado, Brendecke hacer acopio de datos de archivo fundamentalmente histórico-administrativos y cronísticos, y dejar bastante de lado la copiosísima producción literaria que reflejó por vías paralelas o alternativas los modos en que circulaba la información (con la gente que la transportaba) en el siglo XVI. Opción delicada, por cuanto es bien sabido, por ejemplo, que la arraigadísima veta de los libros de viajes y de las misceláneas medievales (continuadores muchos de ellos de viejos tratados clásicos) siguió nutriendo y configurando durante el Renacimiento lo que era comúnmente percibido como geografía real y simbólica peninsular y americana. Dicho de otro modo: no solo las frías encuestas, estadísticas y padrones que iban y venían sobre el Atlántico nutrían de información a las instituciones del Imperio y a sus funcionarios. También la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, con sus geografías borrosamente legendarias justificadas sobre relatos que contaban presuntamente los navegantes o la voz común o algún viejo cronista en latín, o los compendios de mitología clásica que contribuyeron a llenar de sirenas, amazonas y ciudades cesáreas los mapas físicos y simbólicos de América, o las relaciones de sucesos que daban supuesta noticia de todo lo que acontecía (con tal de que tuviese visos de sensacionalismo) en los territorios del Imperio eran informaciones que tenían (por más que nos parezcan ahora discutibles o falsas) gran repercusión y aceptación en la época.

Cabe hasta decir que otro tipo de repertorios literarios aún más periféricos podrían haber complementado o corroborado de manera excelente los análisis de Brendecke, si hubiesen sido tenidos en cuenta. Así, a toda su contundente y extensísima reflexión acerca de la “Omnividencia y ceguera del soberano. La araña en su tela. Felipe II y El Escorial...” le hubiera venido muy bien saber que entre los romances que en muchos rincones cantaba y escuchaba el vulgo español de aquel siglo XVI había alguno acerca de algún rey (antepasado de Felipe II, por cierto) que era

tópicamente representado, como él, *mirando* escrutadoramente los territorios que codiciaba¹. Por no hablar de otros repertorios verbales decididamente marginales como el del rumor, que aunque no deja de ser traído a colación alguna vez (cuando alude muy rápidamente Brendecke a los mentideros de la corte, por ejemplo), es objeto de mucha menos atención que la que por su influencia enorme le correspondería.²

Aunque resulte legítimo (por imperativos de extensión y manejabilidad de la monografía) que rehuya el autor el casi inabarcable detalle de los géneros y obras literarios que dieron cuenta de cómo circulaba la información en el siglo XVI, sí que profundiza, y de modo muy minucioso, en las estrategias generales de la oralidad que concurrían en la transmisión de los saberes de la época, en diálogo inextricable con la letra de los informes y con la visualidad de los mapas; y también en el significado que tuvo la idea y el estatuto de la “verdad” dentro de aquel complejo sistema de comunicación y de cultura. Encara, de ese modo, dos cuestiones, la de la oralidad/escritura y la de la verdad/representación, que tocan el núcleo mismo del fenómeno literario y del sistema cultural y filosófico de aquel entonces (y de siempre). Y aunque ello se haga a costa de dejar de lado los datos más menudos (pero de gran relevancia) que proporcionarían los innumerables relatos de ficción que circularon en la época, su hueco se hace de ese modo menos grave, incluso excusable.

Brendecke juega, y muy diestramente, las bazas del historiador de archivo tradicional, del historiador de las ideas moderno, inquieto y renovador y, bajando a un terreno mucho más concreto, del historiador de las tecnologías de la información del XVI. A otros (como Juan Gil en su monumental tratado sobre los *Mitos y utopías del descubrimiento*) les había tocado asumir antes el papel de historiador descifrador del simbolismo mitológico y de la memoria de la antigüedad clásica que atravesaron también aquellos acontecimientos; y a algunos les tocará, esperemos, aplicarse a los estudios literarios atentos a la transmisión oral y verbal de la información según quedó reflejada, entre veras y veladuras, en la caudalosa literatura de ficción del momento.

El empeño en construir un sistema eficaz de información y saber en el Imperio español del siglo XVI se reveló, al final, insuficiente e ineficiente. La decadente esclerosis que empezó a hacerse visible en el cuerpo del Imperio en los últimos años del reinado de Felipe II, y que se dilataría penosamente hasta 1898, lo corrobora. Conciliar razón y monarquía teocrática, información científica y especulación mágico-religiosa, saber y providencialismo, avances técnicos y obediencia ciega a un totalitarismo inspirado supuestamente por Dios, se reveló como un programa

¹ Véase al respecto Giuseppe Di Stefano, “El rey que mira. Poder y poesía oral en el romancero viejo”, en *Historia, reescritura y pervivencia del romano. Estudios en memoria de Amelia García Valdecasas*, ed. Rafael Beltrán (Valencia: Universitat, 2000, 127-36).

² Véase María Sánchez Pérez, “El rumor. Renacimiento, Contrarreforma y noticia”, en *La fractura historiográfica: las investigaciones de Edad Media y Renacimiento desde el tercer milenio*, dirigido por Javier San José Lera, edición de Francisco Javier Burguillo y Laura Mier, Salamanca: Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas & Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, 2008, 769-79.

imposible. Señala muy agudamente la contradicción Brendecke (136-37): “En El Escorial, Felipe no solo tuvo disponible su reino en forma cartográfica, haciendo colgar sesenta y cinco grabados del *Theatrum orbis terrarum* de Ortelius, sino también la *salvación*, y de una manera casi burocrática: un armario enorme albergaba miles de reliquias. Se dice que el rey lo visitaba todos los días, le pedía al sacristán que extrajera una reliquia determinada, se descubría, hacía una reverencia y besaba el objeto *con ojos y labios*”.

Un rey-emperador-teócrata coleccionista a un tiempo de mapas y de reliquias, sentado sobre un trono situado en el centro de una tela de araña que había de trascender meridianos, océanos y continentes no era la base más firme para un proyecto de tan enormes alcances. Ni respaldado por la legitimidad divina que se atribuía a sí mismo, ni envuelto en las vestiduras míticas del rey-burócrata, despierto, vigilante y firmante de papeles de día y de noche (alguna página de Brendecke alude a la firma de Felipe II en varios cientos de documentos administrativos tramitados en un solo día) que se vistieron también Stalin, Franco y otros dictadores sobre los que circuló la especie de que las luces de sus despachos eran las últimas que se apagaban en sus respectivos palacios.

La edición de este tratado enciclopédico sobre *Imperio e información: funciones del saber en el dominio colonial español*, que incluye ilustraciones de gran calidad (con, por ejemplo, las fotografías de informes a Felipe II con anotaciones del rey al margen), apéndices diversos y un índice analítico de gran utilidad, es tan pulcra como todas las que acostumbra a salir del sello Iberoamericana-Vervuert. La traducción de Griselda Mársico es de consistencia y sutileza excepcionales.